
La historia del CSIC: relevancia y necesidad

José Manuel Sánchez Ron

Arbor CLX, 631-632 (Julio-Agosto 1998), 295-303 pp.

En este artículo se defiende la importancia que para una mejor comprensión de la historia contemporánea de España tiene conocer la historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Al mismo tiempo que se presentan argumentos en tal sentido, se resaltan algunas de las características y protagonistas más destacados del Consejo durante sus primeros tiempos, y mencionan temas en cuyo estudio es necesario profundizar, cuando no iniciar. De forma paralela, se relacionan todas estas cuestiones con los artículos que componen el presente número de ARBOR.

No han sido pocos los esfuerzos realizados hasta la fecha encaminados a intentar comprender la historia de España posterior a la Guerra Civil. Y sin duda que detrás de tales esfuerzos se encuentran no pocos logros. Sin embargo, no es posible ignorar que también existen importantes zonas —o temas— en los que predomina la oscuridad o, más bien, la ignorancia. Así, si se desea entender el desarrollo de las ciencias de la naturaleza, de un buen número de áreas tecnológicas y de un amplio abanico de disciplinas sociales (como, entre otras, la historia, la filosofía o la filología), es preciso estudiar con detalle la historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Pocos serán en la España contemporánea los que nunca hayan oído hablar de esta institución, pero si alguien se propone ponerse al día

de lo que sobre ella se ha escrito (con alguna pretensión de rigor histórico), no tendrá demasiado trabajo, ya que la bibliografía existente no es excesivamente abundante. Es este un hecho sorprendente, ya que, al fin y al cabo, no son tantas las grandes instituciones dedicadas, de una forma u otra, al fomento de las ciencias naturales y sociales, y a la tecnología en la España posterior a 1939. Básicamente, cuatro: la Universidad, el CSIC, el Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica (Aeroespacial después; INTA), y la Junta de Energía Nuclear, ahora Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas (CIEMAT).

Para intentar paliar semejante carencia, la dirección de ARBOR ha tenido la excelente idea de dedicar anualmente un número a la historia del Consejo, la organización a la que pertenece y de la cual durante muchos años fue uno de sus estandartes más significados. El presente es el primer fruto de esa idea.

Pero este número de ARBOR no se limita a la tarea general de contribuir a recuperar la historia del CSIC. Siguiendo de nuevo las indicaciones de la dirección de la revista, hemos querido rendir un tributo particular —si se prefiere, prestar especial atención— al Centro de Investigaciones Biológicas (CIB; durante muchos años, simplemente «el Cajal»), de cuya inauguración oficial —ésta tuvo lugar el 8 de febrero de 1958— se cumple este año el IL aniversario (en realidad, el Centro había entrado en funcionamiento en julio de 1955, cuando se trasladó al recién terminado edificio el primero de los Institutos que lo integraban, el de Metabolismo y Nutrición). El artículo que abre este monográfico, de María Jesús Santesmases («El legado de Cajal frente a Albareda: las ciencias biológicas en los primeros años del CSIC y los orígenes del CIB») está dedicado precisamente a estudiar —desde una perspectiva en la que no se olvida lo que recibió y pudo haber recibido de la «herencia» cajaliana— la primera época de este Centro, en el que trabajaron muchos de los que con el paso del tiempo se convertirían en líderes de la investigación biológica en España. Recuperar la historia del Consejo y del CIB era también una magnífica ocasión para solicitar la colaboración de Miguel Fisac, arquitecto del Cajal, al igual que de otros edificios paradigmáticos del CSIC, y persona cuya experiencia y conocimiento, forjado en intensas relaciones personales, de algunos de los rectores del Consejo en los años en que éste fue creado y comenzó a consolidarse, dan a sus recuerdos un valor documental evidente. Las entrevistas que mantuve con él figurarán durante mucho tiempo entre los recuerdos más gratos e interesantes de mi vida profesional.

No hay historia sin personajes, y uno de los personajes centrales en la historia del CSIC fue el edafólogo —era doctor en química y farmacia— y sacerdote (fue ordenado en 1959; era miembro del Opus Dei desde 1937) José María Albareda, que ocupó la Secretaría General del CSIC desde la creación de éste, en 1939, hasta su muerte, que tuvo lugar el 27 de marzo de 1966. Es, por consiguiente, imprescindible conocer mejor la vida y obra de Albareda, y conocerla con presentaciones en las que la dimensión hagiográfica esté ausente, que se basen en lo posible en fuentes documentales primarias¹. El artículo de Albert Presas i Puig, «Nota histórica: una conferencia de José María Albareda ante las autoridades académicas alemanas», se enmarca en semejante dirección, y debe entenderse como una de las primeras aportaciones al estudio histórico de las relaciones internacionales del Consejo, con Alemania en este caso (recordemos que Albareda había estado pensionado por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas [JAE]) durante 29 meses, entre 1928 y 1930, en Bonn, Zurich y Königsberg y que, por tanto, no sólo conocía el idioma alemán sino también la cultura germana). En años de aislamiento y autarquía, es importante saber qué relaciones exteriores pudo establecer el Consejo. Y hay indicios que apuntan en la dirección de que Alemania fue uno de los «puertos de amarre» más destacados. En 1950, por ejemplo, Otto Hahn visitó Madrid, invitado por el CSIC; entre sus actividades figuró pronunciar una conferencia en el salón de actos de los Institutos de Física y Química del Patronato «Alfonso X el Sabio»; otro ilustre alemán invitado fue Werner Heisenberg, quien dictó en el Instituto de Óptica «Daza de Valdés» una serie de cuatro conferencias sobre «El modelo de capas del núcleo atómico», «Los momentos magnéticos y cuadrupolar de los nucleones», «Absorción de los rayos gamma» y «Fuerzas entre nucleones y el defecto másico» en abril (11, 13, 23 y 24) de 1951.

He empleado hace un instante la expresión «años de aislamiento y autarquía», y es que, como es bien sabido, el final de la Guerra Civil abrió en España un largo periodo de aislamiento internacional, que tuvo en el rechazo (diciembre de 1946) de admitir a España como miembro de la nueva Organización de Naciones Unidas uno de sus momentos culminantes. Las consecuencias de semejante situación se dejaron sentir en todos los ámbitos de la nación, incluidos, naturalmente, los industriales, científicos y culturales. Así, el INTA, fundado en 1942, tuvo grandes dificultades para poder conseguir materiales y conocimientos en un dominio tan especializado y política, militar e industrialmente tan valioso como la aeronáutica; y además tuvo que poner

ILUSTRACIÓN N.º 1

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

SERRANO, 123 - MADRID (España)

Escriba claro, por favor Please write very clearly Bitte deutlich schreiben

APELLIDO - SURNAME - NAME Hahn Otto
 NOMBRE - CHRISTIAN NAME - VORNAME
 FECHA Y LUGAR DE NACIMIENTO - DATES OF BIRTH - GEBURTSDATEN 8. II. 1879
 ESTADO - CONDITION - FAMILIENSTAND Verheiratet
 NACIONALIDAD - NATIONALITY - STAATSANGEHÖRIGKEIT Deutsch
 DIRECCION PARTICULAR - PRIVATE ADDRESS - PRIVATADRESSE, Calle - Street - Strasse Göttingen, Guesensw. 10
 Localidad - Locality - Ort Göttingen
 Provincia - County - Provinz Niedersachsen (Britisches Empere) - Country - Land
 CENTROS EN QUE CURSO SUS ESTUDIOS Y TÍTULOS OBTENIDOS - CENTRES OF STUDIES AND ACADEMIC DIPLOMAS OBTAINED - BESUCHTE HOCHSCHULEN UND ERWORBENE AKADEMISCHE GRADE,
Massey und München
Profess. Dr. (incluse) Eisenobstschiel

Otto Hahn

DOCUMENTO MANUSCRITO PREPARADO POR O. HAHN PARA EL CISC

ILUSTRACIÓN N.º 2

HISTORIAL CIENTIFICO · SCIENTIFIC RECORD · WISSENSCHAFTLICHE LAUFBAHN.

Mein Physikstudium begann ich 1920 in München. Meine Lehrer waren in erster Linie Sommerfeld, Wien, Pringsheim und Rosenthal. Im Wintersemester 1922/23 studierte ich bei Born, Frank und Hilbert in Göttingen und erwarb im Sommer 1923 bei Sommerfeld in München den Grad eines Dr.phil. Anschließend wurde ich Assistent bei Born in Göttingen. Im Sommer 1924 erwarb ich an der Universität Göttingen die *venia legendi*. Im Winter 1924/25 arbeitete ich als Rockefeller-Stipendiat bei Niels Bohr in Kopenhagen. Im Sommer 1925 arbeitete ich wieder in Göttingen. 1926 wurde ich zum Lektor für theoretische Physik an die Universität Kopenhagen berufen. Im Herbst 1927 wurde ich ordentlicher Professor für theoretische Physik an der Universität Leipzig. Im Jahre 1929 unternahm ich eine längere Reise zu Vorlesungen und Vorträgen in den Vereinigten Staaten, Japan und Indien. Auch in den Jahren 1932 und 1939 hielt ich Vorlesungen in den Vereinigten Staaten. 1933 erhielt ich den Nobelpreis für Physik für das Jahr 1932. Im Jahre 1941 wurde ich an die Universität Berlin berufen und wurde gleichzeitig Direktor des Kaiser-Wilhelm-Instituts für Physik in Berlin-Dahlem, das seit 1946 seinen Sitz in Göttingen hat und jetzt den Namen Max-Planck-Institut für Physik trägt. Neben der Tätigkeit als Institutsdirektor gehöre ich als Hon.-Professor dem Lehrkörper der Universität Göttingen an.

Heisenberg

CURRICULUM PREPARADO POR W. HEISENBERG PARA EL CISC
(FIRMADO POR ÉL)

sus instalaciones y laboratorios al servicio de toda la industria nacional, constituyéndose en algo muy parecido a un Laboratorio Nacional². En cuanto a la Junta de Energía Nuclear, creada en octubre de 1951, inicialmente dependió casi por completo de la, bastante modesta en cualquier caso, ayuda de Estados Unidos, obtenida como una de las compensaciones por las facilidades que en forma de bases militares España concedió a la nación norteamericana en los acuerdos firmados a partir de septiembre de 1953³. De la Universidad, poco se puede decir, ya que durante mucho tiempo fue un auténtico erial en, al menos, prácticamente todo que dependiera de instalaciones experimentales, que es tanto como decir la ciencia y la tecnología⁴.

Los efectos del aislamiento internacional también se hicieron notar sobre el CSIC, pero probablemente —es un tema, como tantos otros, todavía por estudiar— fuesen menores en el ámbito de los intercambios científicos que en lo que se refiere al peso específico que dentro del Consejo tuvieron los distintos Patronatos en que estaba organizado. Las carencias tecnológicas que afectaban a España, esa «necesidad hecha virtud, llamada autarquía», reforzaron la de por sí ya existente creencia entre algunos de los fundadores del CSIC de que era necesario prestar especial atención a las investigaciones tecnológicas. En este sentido, ciertamente que el Consejo fue muy diferente a la Junta para Ampliación de Estudios, institución casi completamente ajena a los intereses tecnológicos. La idea que Albareda tenía de la investigación científica, como una actividad en absoluto extraña a la tecnología, aparece en muchos de sus escritos: «La investigación», escribía (parece que a mediados de diciembre de 1939) en una de sus notas confidenciales a José Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional y presidente del Consejo, «no puede desconectarse de servicios públicos que competen a otros Ministerios: hay un Instituto Geológico y Minero dependiente del Ministerio de Industria y Comercio; un Instituto Agronómico y otro de Investigaciones Forestales, en el Ministerio de Agricultura; otro de Obras Públicas; uno de Sanidad en Gobernación; hasta el Banco de España tiene su Centro de Estudios, que son investigación también. La investigación es algo ligado a la vida, y no cabe pensar en un órgano independiente de investigación»⁵. Y en la posguerra española, esa vida requería de toda la ayuda posible; requería de tecnología nacional (¿casera?). Y por ello, no es sorprendente que uno de los Patronatos del Consejo, el «Juan de la Cierva», dedicado a la ciencia aplicada, sobresaliese en atenciones por encima de los demás: en 1948, por poner un ejemplo, el «Juan de la Cierva» tenía un presupuesto (15.958.000 pesetas) mayor que los cinco Patronatos restantes juntos⁶.

Uno de los centros del «Juan de la Cierva» era el Instituto Leonardo Torres Quevedo, fundado en 1939 como continuación del antiguo Laboratorio de Automática que dirigió el propio Torres Quevedo. En su primera etapa, que duró hasta 1958, este Instituto desarrolló del orden de 500 prototipos de aparatos, en, fundamentalmente, los campos de la mecánica, electrónica, meteorología, geofísica, alto vacío y electroacústica⁷. El propósito detrás de la creación del Torres Quevedo, un propósito coherente con el espíritu de servicio a la ideología autárquica del periodo, queda bastante clara en el siguiente escrito de Ibáñez Martín, en el que, al contrario que en tantos otros, no aparece demasiado la —hoy denominaríamos, zafia, e ideológicamente transparente— retórica de muchos de sus escritos y discursos⁸: «La investigación técnica la aborda el Consejo por su Patronato “Juan de la Cierva”, y el volumen de esta investigación, inédita en los órganos que, antes del Consejo, se dedicaron a las investigaciones científicas, ha de requerir amplias construcciones. Se inauguran con la del Instituto “Torres Quevedo” que, desbordando su origen de pequeño taller mecánico, al servicio del glorioso inventor, y su continuación como centro de construcción y reparación de material científico, principalmente docente, se dilata por las zonas de la Física aplicada y constituye un Instituto de investigación y construcción de modelos al servicio, no ya de los órganos dependientes del Ministerio de Educación Nacional, sino de actividades nacionales de primera importancia, encomendadas a varios Ministerios».

Al estudio del Instituto Torres Quevedo, y de otro centro, anterior, con el que Torres había colaborado, el Instituto del Material Científico (1911-1936), está dedicado el artículo de Ana Romero de Pablos, «Dos políticas de instrumental científico: el Instituto del Material Científico y el Torres Quevedo». Si una de las tareas preferentes de la historia es buscar continuidades, puntos de encuentro, este trabajo cumple ciertamente con ella.

En la misma línea de buscar qué es lo que se mantuvo y qué lo que cambió en el, doloroso y traumático sin duda, tránsito de la JAE al CSIC, se enmarca el artículo de Leoncio López-Ocón Cabrera, «La ruptura de una tradición americanista en el CSIC: la evanescencia de la revista *Tierra Firme*». Tiene, además, este artículo el interés añadido de recordar que no todo en la JAE y en el CSIC fueron —o son— ciencias de la naturaleza, que existió una fuerte componente en la que se cultivaban disciplinas históricas, filosóficas y sociales, centrada, aunque no exclusivamente sí en gran medida, en el Centro de Estudios Históricos.

El último de los artículos incluidos en el presente número de ARBOR, debido a Antoni Malet, «El papel político de la delegación del CSIC en Catalunya (1941-1956)», es también especialmente bienvenido en tanto que aborda cuestiones que tienen que ver con la historia del Consejo en Cataluña⁹. ¿Por qué digo que es «especialmente bienvenido»? Pues porque el tema de la descentralización del CSIC, y en general de los servicios/organismos estatales dedicados al fomento de la investigación, constituye una de las grandes cuestiones, uno de los grandes problemas, de la historia de España. La JAE obedeció a un diseño fuertemente centralista (no tanto en las pensiones que concedió, como en los centros que creó o financió); recordemos la crítica que el Segundo Congreso Universitario Catalán, celebrado entre el 7 y el 14 de abril de 1918, hizo a la Junta enviando un telegrama a su presidente, Santiago Ramón y Cajal, comunicándole que esperaba «transformación sentido descentralizado con motivo discusión próximos presupuestos, reparando injusticia Junta proteja exclusivamente sus centros»¹⁰.

El CSIC intentó aliviar algo semejante situación, y aunque el resultado no fue excesivamente satisfactorio (en 1983, Madrid acaparaba el 68,09 por ciento de todo el personal del CSIC, seguido a gran distancia por Andalucía, con un 9,35%, y por Cataluña, con el 5,42%), sí que la mejoró. Hay que señalar, no obstante, que uno de los motivos por el que los primeros dirigentes del Consejo dirigieron su atención a Cataluña fue político, como muestran con claridad algunas de las notas que Albareda dirigió a Ibáñez Martín mientras se establecía el Consejo¹¹. La lucha contra el nacionalismo catalán era uno de los principales propósitos de los dirigentes del CSIC; y en esa lucha cualquier táctica podía ser útil: «con la españolísima bandera de Menéndez Pelayo», manifestaba Albareda a Ibáñez Martín, «se podría publicar algún libro en catalán, impidiendo que el idioma pueda ser bandera»¹². Es esta dimensión de la historia del CSIC en Cataluña, la del papel político que desempeñó como instrumento para enfrentarse al catalanismo, la que estudia fundamentalmente Malet en su trabajo. Es de esperar que en un futuro próximo aproximaciones de este tipo se vean completadas por otros estudios en los que se traten también —o, mejor dicho, con mayor extensión y detenimiento— las iniciativas, esfuerzos y logros de los centros del CSIC en Cataluña.

En la conferencia que como director del Centro de Investigaciones Biológicas, Gregorio Marañón pronunció en el acto de su inauguración oficial, el 8 de febrero de 1958, el famoso médico e historiador español manifestaba¹³: «Los hombres y las Instituciones, al cabo creaciones humanas, cuando actúan con entusiasmo en la vida es frecuente que,

además de su lección específica, la que deriva de su misión oficial o de su especialidad, dé esas otras lecciones inesperadas, generales, que muchas veces son las que las hacen dignas del respeto de sus contemporáneos y de la calificación que en definitiva les dará la Historia». Olvidémonos de términos, tan al uso en aquella época o en ocasiones similares, de «actuar con entusiasmo», «misión oficial» o «respeto», y quedémonos, simplemente, con el recordatorio marañoniano a «la calificación que la Historia termina por dar a nuestras iniciativas y actos». Al estudiar la historia del CSIC nos tendremos que enfrentar, inevitable pero también necesariamente, a la tarea de averiguar si esas lecciones de la Historia hacen dignos de respeto o de profunda y dura crítica, con todo el rango intermedio que, naturalmente, existe, a todos aquellos que construyeron esa historia. Y, por supuesto, no se trata de acusar o de bendecir, ni del más aséptico «tolerar», sino de comprender el pasado —un pasado que en este caso no está tan lejos—, todo con el propósito de entender mejor el presente, para, de esta manera, poder orientar el futuro, en un campo de particular relevancia como es el del conocimiento, el del saber. Tal es, en mi opinión, la más importante y noble de las tareas de la historia.

Notas

¹ Ejemplos de biografías dominadas por la hagiografía son: E. GUTIERREZ RÍOS, *José María Albareda, una época de la cultura española* (CSIC, Madrid 1970); A. CASTILLO GENZOR y M. TOMELO LACRUE, *Albareda fue así* (CSIC, Madrid 1971). Un trabajo basado en fuentes primarias es: J. M. SÁNCHEZ RON, «Política científica e ideología: Albareda y los primeros años del Consejo Superior de Investigaciones Científicas», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.º 14 (agosto de 1992), pp. 53-74.

² He tratado esta cuestión en J. M. SÁNCHEZ RON, *INTA. 50 años de ciencia y técnica aeroespacial* (INTA/Doce Calles, Madrid/Aranjuez 1997).

³ J. ORDÓÑEZ y J. M. SÁNCHEZ RON, «Nuclear energy in Spain: from Hiroshima to the sixties», en P. Forman y J. M. Sánchez-Ron, eds., *National Military Establishments and the Advancement of Science and Technology* (Kluwer, Dordrecht 1996), pp. 185-213.

⁴ S. GARMA y J. M. SÁNCHEZ RON, «La Universidad de Madrid y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas», *Alfoz*, n.ºs 66-67, pp. 59-77 (1989).

⁵ Citado en SÁNCHEZ RON, «Política científica e ideología», p. 66.

⁶ El Patronato «Juan de la Cierva» ha sido objeto de estudio por Santiago LÓPEZ GARCÍA: *El saber tecnológico en la política industrial del primer franquismo, tesis doctoral* (Universidad Complutense, Madrid 1994), resumida en *Arbor*, n.ºs 619 (julio de 1997), pp. 201-238, y 625 (enero de 1998), pp. 1-44.

⁷ Ver *Patronato de Investigación Científica y Técnica «Juan de la Cierva», 1945-1970* (CSIC, Madrid 1972).

⁸ Jesús IBÁÑEZ MARTÍN, *La investigación española* (Publicaciones Españolas, Madrid 1947), tomo I, p. 66.

⁹ Es oportuno recordar otra obra de A. MALET en la que el CSIC desempeña un cierto papel: *Ferran Sunyer i Balaguer (1912-1967)* (Institut d'Estudis Catalans, Barcelona 1995).

¹⁰ Citado en F. LAPORTA, A. RUIZ MIGUEL, J. SOLANA y V. ZAPATERO, «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (2.ª parte)», *Arbor*, n.ºs 499-500 (julio-agosto de 1987), pp. 9-137; pp. 130-131.

¹¹ Ver J. M. SÁNCHEZ RON, «Política científica e ideología», pp. 69-71.

¹² *Ibid.*, p. 71.

¹³ Gregorio MARAÑÓN, *Memoria, 1955-57* (CSIC, Madrid 1959), pp. 187--189; pp. 188-189.